

voz del tal señor Gómez Valhondo, el impostor. Pero no me atreví; por una reacción inexplicable salí corriendo de recepción y bajé de cuatro en cuatro las escaleras hasta llegar al tercer piso. Me iba diciendo a mí mismo: «¡Gómez Valhondo soy yo! ¡Gómez Valhondo soy yo!» En el descansillo pensé que era una tontería lo que había hecho, que no me atrevía a enfrentarme con la realidad. Así que volví a subir de nuevo las escaleras despacio. No iba a volver a recepción. Eso sería ponerme en ridículo. La puerta de mi oficina, en su parte superior era de cristalera transparente y desde allí podía espiar. Con la indumentaria que llevaba, nadie me reconocería.

Me acerqué con una rara sensación, entre la seguridad de lo decidido y el miedo de lo inevitable. Allí estaba él, en mi mesa, sentándose en mi silla, utilizando mi máquina de escribir, fumando mis cigarrillos, porque eran de la misma marca que los que yo guardaba en el cajón del escritorio. Para mayor vergüenza mía, llevaba puesto mi traje de gales y la corbata de seda granate que me regaló Laura. Mis gafas, el anillo de boda en el dedo anular de la mano derecha. Hablaba con toda confianza con el jefe, don Aurelio Zulueta. Era él, era yo. Ocupaba mis funciones, me había desplazado. Quise traspasar la puerta y descubrir todo el engaño. Pero me pareció inútil; en dialéctica siempre me ganaría él, ya lo había demostrado cuando nos conocimos. Mejor pensar en una venganza ejemplar.

Salí a la calle algo liberado, porque ya tenía un objetivo que cumplir, y todas mis fuerzas, algo dispersas en la duda, se concentraban ahora en un solo punto: la venganza. Deambulé por la ciudad y no hice más que rumiar el odio hacia aquel sujeto que me había suplantado. Anduve por los bares y tascas más inmundos. Tomé una caña aquí y allí un chato. Cuando no, iba de copas. Debía parecer un desplazado o un parado. En muchos sitios vi gentes como yo, rumiando venganzas, haciendo propósitos, intentando olvidar y matar el alma con el alcohol. Entonces me di cuenta de que no estaba solo, que había una gran muchedumbre de ex-hombres, malditos de la fortuna y de la suerte, parados, marginados, sustituidos, la otra ciudad de los desplazados.

Yo era como una caracola en la que se había alojado el extraño, un cangrejo ermitaño que suplantaba mi personalidad. Todos aquellos seres que me rodeaban en las tascas de ínfima categoría parecían como cajas inútiles arrojadas por la sociedad a los rincones nauseabundos, a los cementerios de almas. Aquellos hombres tenían el color del mal vino, y un denso sabor-olor a cuba y a bodega enrarecía el ambiente hasta la náusea. Me sentía arrastrado hacia allí por una fuerza poderosa, como de resaca marina, contra la que no podía luchar. Me dolía la cabeza, como si un aro de hierro me aprisionara las sienas. Tenía el sabor a tabaco y a orujo de un largo viaje. Debía salir de allí, era preciso. En mi conciencia abotargada se despertó un propósito, todavía reciente: la venganza contra el Otro. Como si en aquel momento hubiese tenido una inspiración, pagué la enésima copa, ésta no consumida, me desbice de dos gorriones que se habían pegado a mí, que me agarraban de los brazos para que siguiera costeando su juerga gratis, dos tipos miserables con los que ni siquiera podía hablar, y salí a la calle sin caerme, me sostenían los profundos deseos de la venganza.

Era ya tarde. El día había caído, borracho, en manos de la noche que todo lo oculta y todo lo consiente. Pasé por las callejuelas que llevan a la catedral; olían a meadas antiguas, a pisos viejos y a muros venerables, a yedra y a tiempo estancado. El gran reloj marcaba solemnes las once campanadas. Apenas había gente y otra vez me dio la

sensación de no estar en mi sitio, de sentirme desplazado. Me dirigí a casa con sobresaltos, con una predisposición a la certidumbre de mi desgracia. Apresuré el paso; no podía disfrutar del paseo en la noche por la ciudad vieja y gótica, uno de mis vicios inocentes. Vivía en los bajos de una casa antigua y desde la calle podía espiar lo que ocurría. Me acerqué a la ventana con la completa seguridad de que él estaría allí y allí estaba. El hablaba, lo suyo era hablar, sin duda, era elocuente. Y Laura le observaba y asentía, con una atención que me sentí celoso y que juzgué que nunca había tenido por mí. El se había cambiado y vestía mi bata, sin duda, también mis zapatillas. Era capaz de irse a acostar con mi mujer. Y yo tenía que evitarlo. ¿Cómo? Pensaba y observaba detalles sin importancia: sobre la mesa tenía el periódico, en la página del crucigrama; bebía una copa de coñac; fumaba mis cigarrillos; la televisión estaba puesta aunque ellos no la miraban, su misión era servir de música de fondo, como un acompañamiento de voces para no sentirse solos. Todo era igual a cuando yo estaba. Sin duda, Laura no se daba cuenta del engaño. Nadie se daba cuenta. Sólo yo lo sabía. Además, era idéntico a mí, con mis gestos que ahora me parecían ridículos, mi manera de fumar o de hablar con mi mujer. Mi situación era insólita y cabreante. Ridícula. Debía tomar una decisión rápida. Este asunto había llegado a unos extremos tan absurdos que nadie iba a creerme. Uno de los dos debía desaparecer. Una idea lúcida me vino a la cabeza. Sabía yo que pensando en detalles intrascendentes se me ocurriría algo. Fue hasta la cabina más próxima de teléfono, apenas unos doscientos metros, y llamé a mi casa. Imité la voz de mi hermano Jaime y hablé con Laura, con él no me atrevía. Ella ni me reconoció. Le expliqué sobresaltado que a mi padre le había dado un nuevo ataque y que le habían llevado urgentemente a la clínica. Laura se alarmó y la tuve que tranquilizar diciéndole que padre estaba grave, que saldría de ésta como otras veces. Me preguntó si quería hablar con mi hermano. Y le dije que no, ya no había tiempo, se me acababan las monedas, era una disculpa. Le urgí que fuese pronto mi falso hermano, que él conocía bien al médico.

Cuando colgué el teléfono comprobé que había actuado con la seguridad de un criminal. Esta observación me proporcionó una gran confianza. Por primera vez desde que me ocurrieran estas extrañas circunstancias me sentí alegre. Y silbaba mi canción preferida.

Me dirigí al callejón de Pérez, un lugar siniestro por donde inevitablemente tendría que pasar. Allí esperé en un sombrío portal. Para mi venganza, no pensé en una pistola o en un puñal. Una vulgar piedra, un adoquín era mi arma homicida. La callejuela permanecía a oscuras. Apenas llegaba la luz tenue de una farola, situada al inicio de la calle. Ni una sola persona pasó durante el rato que estuve esperando hasta que llegó él. Le conocí por el andar: llevaba mis zapatos de los domingos, de auténtica suela de cuero, que hacían un ruido inusitado, desproporcionado para aquella soledad. Andaba como yo, marcando con más fuerza el pie derecho que el izquierdo. Con todo lo inteligente que era, hasta ahora siempre me había ganado la partida, le hice caer en mi trampa. Esperé a que se acercase. Me imitaba en todo, hasta venía por la acera que yo hubiera elegido, la de mi portal. Cuando le tuve al alcance de mi piedra, le golpeé por detrás, en la nuca; no es que fuese a traición, sino que no me atrevía a matarle por delante porque, sin duda, me miraría con aquellos ojos que eran los míos y no hubiese sido capaz de asesinarle. Cayó redondo, igual que cuando a un toro se le da la puntilla. Me había convertido en

un profesional del crimen, acertaba en el sitio preciso. No me encontraba nervioso, sino muy seguro de mí mismo. Lo que me mantenía en aquel estado de seguridad y lucidez era la venganza, todas las tensiones del alma concentradas en un solo objetivo: matar a mi enemigo.

Quedó de bruces sobre la calzada. Había necesitado un solo golpe. Pensé, con filosofía, que la vida humana es muy frágil y que se la puede tronchar fácilmente. No me atrevía a levantarle la cabeza y ver su cara de muerto; no quería contemplarme así todas las mañanas cuando me afeitase. Podría sentir esa comezón de ratas devoradoras que es el remordimiento. Le dejé allí, en la callejuela, junto al pedazo de adoquín con el que le había asesinado. No sentí ningún remordimiento, sino una gran paz interior, como si hubiese terminado con una pesadilla. Miré el cadáver con indiferencia, metí las manos en los bolsillos y me dirigí a casa. Silbaba mi melodía preferida, la de la película «El puente sobre el río Kwai». Y me sentía completamente feliz. Di una vuelta por la ciudad, solitaria y apagada.

Cuando llegué a casa, Laura me esperaba y no me encontró nada extraño; ni siquiera reparó en mis ropas (no me fijé si el otro iba vestido como yo). Estaba preocupada por mi padre. Le expliqué que todo había sido una falsa alarma, que ya estaba bien, que apenas había llegado yo cuando los ataques habían desaparecido. Hablamos poco; pretexté que estábamos cansados, que era ya muy tarde y que al día siguiente tendríamos que madrugar para ir al trabajo.

Estaba cansado de la tensión acumulada y dormí de un tirón. Ya he dicho que no tenía, en absoluto, remordimiento de conciencia. Tal vez mi alma se había endurecido o tal vez era la única solución a mi problema. Cuando me desperté por la mañana, mientras me afeitaba y me miraba al espejo, pensé en los detalles: ya la policía habría encontrado el cadáver; no se trataba de un accidente fortuito, sino de un asesinato: el cadáver estaba de bruces sobre el adoquinado; la piedra homicida estaba a su lado. No era una caída desgraciada, sino un homicidio por la espalda.

No obstante, desayuné con tranquilidad y mi mujer no advirtió nada raro en mí. Me dijo que si no llamaba a casa de mi padre, si no preguntaba por él. Yo le respondí que no era necesario, que ya anoche se encontraba bien. Y ella no me replicó. Al despedirse me dijo con una sonrisa, que me pareció cómplice, que por la tarde había estado más elocuente que de costumbre. No dije nada, me limité a sonreír. Su beso de despedida me pareció cálido y pensé si había dado algún beso al Otro. Pero ya no me sentía con celos y acomplejado, sino un hombre seguro de sí mismo.

Salí de casa con una extraña alegría y silbaba de nuevo la canción, como hago siempre que me encuentro a gusto. Me dirigí a la oficina sin dar rodeos extraños por las calles. Entré sin vacilar; saludé al jefe y a los compañeros y nadie me encontró raro. Nadie me preguntó por él, nadie había notado la suplantación del día anterior. Pude continuar sin complicaciones el trabajo que él había iniciado. Noté que la cajetilla de Winston estaba casi terminada, quedaban dos cigarrillos, y mandé al botones por otra.

A medida que avanzaba la mañana, comencé a sentirme intranquilo. Era como si el muelle de la conciencia, antes relajado, hubiese entrado ahora en tensión. Pensé con amargura que la felicidad no puede ser completa, que a momentos de alegría suceden, en ocasiones, inexplicablemente, los de tristeza. Empecé a sentirme culpable y criminal. No

aguantaba la mirada de los compañeros y bajaba los ojos avergonzado, como un adolescente cuando le descubren los primeros pecados sexuales.

A las doce, a la hora del almuerzo, puse el transistor que guardaba en el cajón de mi mesa. El parte nacional no daba noticias de mi acción. Tampoco la información local de las doce y media. Acaso, pensé, tienen pistas sobre el sospechoso y no quieren dar ninguna ventaja al criminal. Había dejado mis huellas bien claras sobre la piedra porque, cegado por la venganza, ni me había preocupado de ponerme guantes para cometer el crimen. El jefe me advirtió que fumaba más de lo necesario y yo lo tomé por un indicio de sospecha. Me debí de poner pálido y él me preguntó si me encontraba bien. Le mentí que mi padre tuvo un ataque y que había pasado la noche en blanco. Me dio unos golpecitos en la espalda para decirme que lo sentía.

Cuando salí de la oficina, no lo pude evitar: pasé por el lugar del crimen, un impulso misterioso me llevaba allí. Pero la callejuela estaba tranquila como de costumbre y no había ningún indicio que permitiera asegurar que había ocurrido un homicidio. Me detuve en el portal en el que me escondí y desde allí observé aquel sitio. No había ningún rastro de sangre; pero la piedra, instrumento del asesinato, estaba allí, al borde de la acera. Y tenía sangre. La cogí disimuladamente y la envolví en el periódico.

Cuando llegué a casa, mi mujer me preguntó dónde había puesto el transistor la tarde anterior, pero yo no supe darle ninguna explicación. Creo que le respondí con brusquedad y ella me dijo si me ocurría algo. No le contestaba. Estaba acostumbrada a mis altibajos en el carácter. Me puse la bata y las zapatillas, que él se había puesto, y me sentí a disgusto. Fumé cigarrillo tras cigarrillo. Laura me miraba, en busca de una explicación, pero yo no daba ninguna, simplemente fumaba bien arrellenado en el sillón, con los pies puestos sobre la mesita.

De pronto, dije que salía a la calle a comprar el periódico. No sirvió de nada que mi mujer dijese que ya le había comprado por la mañana. Tengo que ver algo que me interesa urgentemente, puse por excusa. Tampoco en el diario de la tarde aparecía nada sobre mi crimen. Me sentí descorazonado, sin ánimos de volver a casa. Otra vez me hundí en la baja ciudad, en tascas y cuchitriles inmundos. Me sentí con ganas de vomitar el secreto que llevaba dentro: se lo expliqué a los borrachos, pero no me lo creyeron; se rieron de mí y me dijeron que estaba más trompa que nadie.

Llamé a la policía desde una cabina preguntando que si habían encontrado un cadáver en el callejón de Pérez. Me dijeron que no y me preguntaron quién llamaba. Colgué inmediatamente el teléfono. Me sentí como un asesino que no recibe su justo castigo. Pero no tenía fuerzas para entregarme. Además, la policía no me creería. ¿Dónde estaba el muerto? ¿Era yo mismo? ¿Era el Otro? Me darían por loco, no había pruebas.

Me dirigí a casa y mi mujer se enfadó por encontrarme borracho. Le expliqué mi extraña historia, me desahogué con ella, pero tampoco me creía. Me aconsejó que lo mejor era dormir la mona.

A las cuatro de la mañana, me sorprendió Laura mirando el objeto del crimen, la piedra ensangrentada. Se la enseñé, se lo expliqué de nuevo. Ahora ya no sé si me cree.

AMANCIO SABUGO ABRIL
Urbanización «Los Llanos», 1
VILLALBA (Madrid)